

virtudes? No por cierto, porque queréis que se os parezcan por entero. Pues bien, puesto que es así, semejantes al león que no abandona sus cachorros, defendedlos contra la impiedad, y defended á un mismo tiempo vuestros derechos de padres de familia; no los entreguéis á otros. Sólo los padres y las madres reciben del cielo la misión de educar á sus hijos hasta cierta edad. El que quiera despojarles de ese derecho que el cielo les ha dado es un usurpador y un tirano. No dejéis que os asalten en vuestro hogar, pues llámese como se llamare, divorcio ó enseñanza oficial, no será más que el destructor de la familia. Si para sostener vuestros derechos debéis luchar, recordad que tenéis una Reina poderosa, venid á ella confiados, postraos á sus pies y ella os dará fuerza para que triunféis sobre vuestros enemigos.

PERDIDA DE JESUS

DIA VEINTE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Ostende mihi faciem tuam; sonet vox tua in auribus meis; vox enim tua dulcis et facies tua decora.

Cant., II, 14.

Donec aspiet dies et inclinentur umbræ, revertere, similis esto, dilecte mi, caprea hinnuloque cervorum super montes.

Ibid., 17.

Per noctes quæsi quem diligit anima mea; quæsi illum et non inveni. Surgam et circuibo civitatem, per vicos et plateas, quæram quem diligit anima mea; quæsi illum et non inveni.

Id., III, 1.

Invenerunt me vigiles qui custodiunt civitatem: num quem diligit anima mea vidistis?

Ibid., 3.

Cœpit mater ejus flere et dicere: Baculum senectutis nostræ tulisti, et transmisisti a nobis, sufficiebat enim nobis quod videbamus filium nostrum.

Tob., V, 23, 25.

Dixitque ei: Noli flere, salvus perveniet filius noster, et salvus revertetur ad nos; et oculi tui videbunt illum. Credo enim quod angelus Dei bonus comitetur ei, et bene disponat omnia quæ circa eum geruntur, ita ut cum gaudio revertatur ad nos. Ad hanc vocem, cessavit mater ejus flere, et tacuit.

Ibid., 26-28.

Quæsi vi et non inveni illum: vocavi, et non respondit mihi. Inven-runt me custodes qui circumeunt civitatem, custodes murorum.

Cant., V, 6-7.

Adjuro vos, filiæ Jerusalem, si inveneritis dilectum meum, ut nuntiatis ei quia amore langueo. Qualis est dilectus tuus ex dilecto, o pulcherrima mulierum? qualis est dilectus tuus ex dilecto, quia sic adjurasti nos?

Ibid., 8-9.

Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus; caput ejus aurum primum; comæ ejus sicut elatæ palmarum, nigra quasi corvus; oculi ejus sicut columbæ; labia ejus sicut lilia distillantia myrrham primam; guttur illius suavissimum et totus desiderabilis: talis est dilectus meus.

Ibid., 10-13, 16.

Quo abiit dilectus tuus, o pulcherrima mulierum, quo deslinavit dilectus tuus, et quæremus eum tecum?

Ibid., 17.

Sollicitus erat pater ejus, dicens: Putas, quare moratur filius? Cœpit autem contristari nimis ipse et uxor ejus cum eo: cœperunt ambo simul flere, eo quod minime revertetur filius ad eos.

Tob., X, 1-3.

Flebat igitur mater ejus irremediabilibus lacrymis atque dicebat: Heu, heu, fili mi, lumen oculorum nostrorum, baculum senectutis nostræ solatium vitæ nostræ; omnia simul in te uno habentes, te non debuimus dimittere a nobis. Illa nullo modo consolari poterat, sed quotidie exiliens, circumspiciebat, et circumsbiciebat et circuibat omnes vias per quas spes remeundi videbatur, ut procul videret eum si fieri posset, venientem.

Ibid., 4-7.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Pasados los días de fiesta y cuando los padres de Jesús se volvían, Él permaneció en Jerusalén. Como María y José al salir del templo no seguían el mismo camino y sólo se vieron por la noche, no notaron su ausencia sino al hacer alto en el mesón donde se proponían pasar la noche. María, al ver llegar á José sin el niño, que creía que estaba con él, le preguntó por su Hijo, y el santo esposo le contestó: No sé dónde está, porque no se ha venido conmigo y creía que con vos se había venido. (*Bonav. Medit. vit. Christ.* 14).

II. Conmovida y desconsolada exclamó sollozando: «No estaba conmigo y no he cuidado bastante á mi hijo.» Y fué á todos los mesones, sin traspasar las leyes del decoro, y en esto empleó una parte de la noche, informándose con todos y preguntándoles: ¿No sabéis qué es de mi hijo? San José la seguía desconsolado y lloroso. Como no le encontraron, su dolor no tenía límites. No es de extrañar esto, mucho menos si se tiene en cuenta que María era la más cariñosa de las madres. Todos sus parientes procuraban consolarla, pero toda reflexión era inútil. ¿Quién podrá comprender todo lo que significa perder á Jesús? No veáis con indiferencia su dolor, porque sufre la mayor de las angustias, y nunca sufrió una tan grande. (*Id. Ibid.*)

III. Creeréis tal vez que sus padres le buscaban como si temiesen que hubiese caído en poder de malhechores, ó como si se hubiese extraviado en el camino, como les sucede fácilmente á los padres. Pero no fué así. No podía abrigar María tantos temores, porque ya le había revelado el cielo los misterios relativos á su divinidad. Lo mismo debemos decir de José. Así es que uno y otro le bus-

caban como se busca en la Escritura la solución de una dificultad ó el sentido oculto de una palabra. No cabe duda que en esos casos se busca con ansiedad; no como si el error estuviese en la Escritura, sino como cuando se busca una dificultad cuyo sentido no nos ha sido dado penetrar. Así es como buscaban á Nuestro Señor Jesucristo. Se preguntaban si no les habría dejado á propósito, y si habría ya llegado el momento en que debía separarse de ellos para siempre. (*S. Tito Bostror. episc. in Exposit., c. 2. Luc.*)

IV. El perder á Jesús es una gran desgracia. La Virgen estaba desolada porque había perdido el tesoro celestial de la majestad y la divinidad. ¡Cuántos cristianos pierden hoy al Salvador sin experimentar el menor arrepentimiento! (*Thom., Valent. in Domin. inf. oct. Epiph.*)

V. Así lo predijo el santo anciano cuando exclamó: «En cuanto á vos, una espada atravesará vuestra alma.» ¡Oh divino Jesús! ¡Cuál era vuestro designio al permitir que una espada cruel atravesara el corazón de vuestra madre? *S. Amadeo de Laud. B. M. V. hom. 2.*

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Como se pierde á Jesús.

I. Se le pierde por el pecado, y es un castigo.

En los tiempos antiguos, cuando el templo del Dios de Israel debió ser profanado por enemigos sacrílegos, los ángeles protectores del lugar santo se retiraron para no ser testigos de semejante desolación. Y se oyó entonces una voz misteriosa que dijo: «Salgamos de aquí.» Después que hubieron salido fué profanado el santuario y sobre las ruinas del altar fué colocado un ídolo impuro.

Perder á Dios, que es en el cielo la alegría de los ángeles y la dicha de los elegidos, y encontrar en su lugar al ángel de las tinieblas, al tirano de los infiernos y al verdugo de los réprobos; perder á Jesús, su amistad, y su gracia, sus dulces conversaciones, sus santas bendiciones y el consuelo de su amor; he aquí lo que consigue el pecador, he aquí la suerte que nos labramos. ¡Cuán dignos somos de lástima al perder á Jesús!

II. Las desolaciones interiores nos hacen perder á Jesús, y son pruebas para nosotros.

Las almas fieles pierden algunas veces á su Dios sin haber olvidado sus promesas ni roto sus compromisos. En ciertos momentos se encuentran en el camino de la vida solas consigo mismas. Se figuran que caminan con Jesús sin advertir que se han separado de Él. Esperan un auxilio, una luz, un consejo, una gracia..... mas se alejaron de Jesús y le perdieron.

Consoláos, almas afligidas, porque vuestros dolores no serán duraderos. Esta es una prueba que el cielo os tiene preparada. Jesús recibe con gusto las lágrimas que secretamente derramáis, pues son para Él una prueba de vuestro sincero amor.

Buscad como María al Dios que se oculta á vuestros ojos; buscadle con afán en medio del desierto árido y sin agua en que os ha abandonado; buscadle en medio de las tinieblas que os rodean. No tardará en brillar el día y el sol divino que esperáis os iluminará pronto con sus rayos.

No caigáis en desaliento, porque María no se deja abatir por su dolor.

Sobre todo, no murmuréis y acatad los designios de Dios. ¿Quién os dice que el abandono momentáneo que recibáis no será más útil para vuestra alma que las consolaciones sensibles?

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. "Cuando había cumplido doce años, habiendo sus padres subido á Jerusalén, según acostumbraban en tiempo de la fiesta, y acabado los días, cuando volvían, se quedó en Jerusalén el niño Jesús sin que sus padres lo advirtiesen."

Las ideas y los sentimientos se agolpan, se cruzan y confunden al exponer este misterio, uno de los más grandes é instructivos que nos ofrece el Evangelio: dilucidémoslo, pues, poco á poco, y comprendamos ya que hay motivo de hacerlo, que sólo la ligereza más imperdonable é indigna de abrir el Evangelio puede pararse en la letra de esta página, y no sentir respirar y palpar en ella el espíritu.

Vemos ahí desde luego la piadosa *costumbre* de la Santa Familia de ir todos los años, como los demás judíos, en tiempo de la festividad pascual, á celebrar esta fiesta en Jerusalén, y eclipsar bajo la sencilla y común observancia de la ley los altos y divinos misterios que se habían ya cumplido y debían cumplirse en ella. María y José llevaban allí al Niño Dios, y lo sujetaban á esta observancia como un niño ordinario, sabiendo que era el hijo del Altísimo, la Ley viviente, la gloria de Israel, la luz del mundo. Pero tan grande era su sencillez, su humildad, su sumisión á la Providencia, que llevaban el peso de tan sublimes destinos sin impaciencia de verlos cumplidos, y procedían en todo como si no existiesen. Tal era esta sencillez que vemos á María y José, depositarios de un niño tan querido, interesados en sus menores ademanes, caminar todo un día sin verle, pensando que estaba *con los de su comitiva, entre sus deudos y conocidos á donde vuelven á buscarle*. ¡Qué interesante y sublime oscurecimiento de Jesucristo! ¡Qué admirable y sencilla familiaridad la que de tal modo le mezcla con sus parientes y conocidos que puede desaparecer en su compañía por espacio de todo un día sin que se repare en ello! Basta indicar estas reflexiones al entendimiento y al corazón.—(Nicolás, *La Virgen, según el Evangelio, capítulo XVI*).

II. Al cabo de cuatro días de marcha, los peregrinos llegaron á la ciudad santa, adonde afluía un inmenso concurso de nacionales y extranjeros. La familia de José y de María, se reunió para comer el cordero pascual, que los sacerdotes tenían cuidado de inmolar entre las dos visperas en el patio del templo, y al que se añadieron panes ázimos, lechugas amargas y todo lo que constituía esta ceremonia antigua.

Pasados los días de la fiesta, los parientes de CRISTO se reunieron para tomar de nuevo el camino de su provincia; y como volvían en el mismo orden en que habían venido, los dos esposos no echaron de ver que Jesús no venía con ellos. María le creyó con José ó con los dos Santiagos; José creyó por su parte que venía con sus jóvenes parientes ó con María. A la caída de la noche los diversos grupos se reunieron, y la Santa Virgen

buscó, pero en vano, á Jesús en la multitud de viajeros que llegaban sucesivamente á la posada; inadie sabía lo que al Salvador había sucedido! El dolor de los dos Santos Esposos fué inexplicable. "¡El depósito del cielo! ¡el Hijo de Dios!" exclamaba tristemente José. "¡Mi Hijo!" decía la pobre Madre, embargando las lágrimas su voz. Buscáronle durante la noche, y siguiéronle buscando durante el día; preguntaban por Él en los caminos dando sus señas á los viajeros; llamábanle por los bosques; sondeaban con sus miradas los precipicios, temiendo ya por su vida ó bien por su libertad, y no sabiendo qué hacerse si se había perdido.—(Orsini, *La Virgen*).

III. Se veían de repente solos como en un desierto, solos como jamás lo habían estado dos corazones desde aquel día en que el sol poniente iluminó con tristes rayos ante Adán y Eva las montañas del Paraíso, como puertas de oro que se les cerraban para siempre..... ¡Cómo! ¡Jesús los había dejado! ¡Jesús se apartaba de ellos! Para María era esto mucho más difícil de creer que lo había sido el misterio de la Encarnación, la hubiera asombrado menos ver pararse el globo, y las trompetas del juicio final habrían estremecido menos su corazón. Preguntan por el Niño á todos sus parientes y allegados, pues muchos le tenían afición, cuya índole no entendían ellos mismos: en vano; y harto sabía María que lo era, pues conocía bien á Jesús, y no dudaba que si Él hubiera estado por ahí, habría ido ya en busca de su madre; ni en su corazón cabía que pudiera ser otra cosa, y que por motivo tan común y vulgar hubiera de perder á su Jesús. ¡Oh! no; la causa de su desventura era más honda; ante sus plantas se abría un abismo cuyas glaciales emanaciones helaban los más recónditos pliegues de su alma. Siguen preguntando: todos los compadecen, pero nadie les dice el paradero del Niño. Ya nada preguntan; la triste noche pasa, amanece el nuevo día; pero ni la nocturna sombra calma, ni el nuevo sol puede alumbrar aquellos dos corazones. Muchos dolores entristecieron aquella noche á la tierra, pero ninguno como el de María; muchas otras noches vió desde entonces el mundo sembrado de estrellas, y muchos pesares para los cuales no había ninguna que difundiera un sólo rayo de consuelo; pero no hubo tribulación comparable á la de María; los astros se hubieran apagado á tener corazón, y las tinieblas habrían manado lágrimas de sangre para compadecer la angustia y horrenda soledad de aquella noche memorable. Cuando poblaron los ámbitos del Egipto aquellos gemidos espantosos que le arrancó la súbita muerte de sus primogénitos, y el Nilo conturbado parecía huir precipitadamente de aquel concierto doloroso, y los innumerables quejidos del pueblo resonaban como el estrepito ingente de una sola voz, cual si la tierra misma sollozase desde las cataratas del río hasta el Delta; todo aquel tumulto de dolor era nada comparado al que aquella noche heriría en el corazón de la angustiada Madre.—(Faber, *María al pie de la Cruz, cap. IV*).

IV. Vamos á contemplar una fase verdaderamente nueva de los dolores de María, es á saber: la Madre sin el hijo. Bethleen había tenido para ella tribulaciones; Nazareth se las había dado más grandes, y en el Calvario llegaron á su colmo, Pero en todos esos lugares María estaba con su

Hijo, y así gozaba de luz aun en medio de tinieblas: aquí vamos á verla cercada de absoluta oscuridad. Cuando queremos contemplar á la Santísima Virgen por el mero aspecto de las gracias personales con que fué singularmente dotada, como, por ejemplo, en su Inmaculada Concepción, nos la presentamos sin su Hijo y mirando al cielo, como para mostrar que es criatura inundada por torrentes de gracia emanada del Criador. Cuando queremos verla tal como es con relación á nosotros, es decir, como Madre de cuyas manos el Hijo se agrada en hacer canal de las gracias que nos envía, nos la representamos también sin Jesús, con los ojos clavados en el suelo y las manos extendidas como derramando luz y flores sobre la tierra. Pero con ninguna de estas dos imágenes tienen relación los dos cuadros, en que la Sagrada Escritura nos muestra sin Jesús á la Santísima Virgen, es á saber: uno, el que vamos á contemplar ahora, donde la vemos correr desolada por todo Jerusalén buscando á su Hijo; y otro, el correspondiente al séptimo dolor, donde la vemos al caer del día regresando del Santo Sepulcro á la gran ciudad, después de dejar al objeto de su amor encerrado en el hueco de una peña. La historia de la Pasión, que así vemos irse concertando con la de la Santa Infancia, adúnase muy especialmente en este tercer dolor, que tanto por lo respectivo á Jesús como á María, constituye uno de los principales misterios de los treinta y tres años de la vida de Nuestro Señor. Dicho se está que nosotros no vamos á considerarle sino por el aspecto relativo á María.—(Faber, *María al pie de la Cruz*, cap. IV).

V. Jesús se nos esconde de mil modos. Unas veces retira su gracia hasta el fondo de sí mismo, lo que no hace sino cuando quiere castigar en nosotros algún pecado grave; otras retira no toda su gracia, sino alguna particular, ó amortigua en nosotros el sentimiento religioso para aumentar después sus favores por el cuidado con que le buscaremos más tarde. La pérdida de Jesús, no es para su santa madre y para San José un castigo, sino como una prueba. No se les acusa de que le perdieran por descuido ó por haber cometido alguna falta; su pérdida, pues, no fué más que como una humillación y una prueba.

Jesús se oculta cuando quiere: su espíritu va y viene, mas no se sabe de dónde viene ni á dónde va. (Joa., III. 8). "Pasa cuando quiere por medio de los que le buscan." (Luc., IV. 30). No necesitaba hacer uso de este poder para perderse para María y para José. Sea como fuere, el santo Niño desapareció, y ellos entraron en inquietud al principio, y después se entregaron al dolor, porque no le hallaron entre sus parientes y amigos, entre quienes le creían. ¡Cuántas veces se echa en cara el santo anciano el poco cuidado con que vió el depósito celestial! ¡Quién podrá dejar de aflijirse con él y con la más tierna de las madres y la mejor de las esposas? Maravillosos eran los encantos de que estaba revestido el santo Niño. Es de creer que todos deseaban tenerle consigo. Ni María ni José dudaban de que se hallase entre algún grupo de viajeros, porque las gentes del país que iban á Jerusalén en los días de fiesta, se reunían para ir acompañadas. Por esto se perdió Jesús fácilmente, y sus padres caminaron un "día entero" sin notar su pérdida.

Volved á Jerusalén. No debe hallarse á Jesucristo ni entre sus parientes ni entre los hombres, sino en la ciudad santa, en el templo, ocupado en los negocios de su Padre. Con efecto, después de tres días de inútiles pesquisas, después de haberle llorado mucho, se halló el santo Niño en el templo.—(Bossuet, *Elev. sobre los míst.*)

ARTÍCULO V

PLATICA XX

MARÍA, REINA DE LA SOCIEDAD

Los pueblos que estaban civilizados antes del cristianismo, los griegos y los romanos, para hablar de los más conocidos, persuadidos de que el cielo era el tipo modelo de la tierra, lo llenaron de mujeres divinas llamadas según su lenguaje, diosas. Eran estas las compañeras de los dioses y la personificación de las cualidades físicas y morales de la humanidad. Todas tenían altares y sacerdotes ó sacerdotisas que sacrificaban en nombre de la sociedad. Una de ellas entre todas, Vesta, la diosa de la *Castidad*, cualidad tanto más admirada entre los romanos cuanto era menos propia de sus costumbres, recibía en sus casas particulares honores. En su altar ardía un fuego perpetuo, cuidaban noche y día de que no se apagara tres sacerdotisas, que debían ser vírgenes. Se las rodeaba de una gloria extraordinaria y se las castigaba de una manera terrible. En las fiestas públicas, en las ceremonias de la religión, en el teatro y en los festines, en todas partes, en fin, ocupaban el primer lugar, y las armas de los lictores se humillaban para formarlas valla, así como las saludaban con respeto los generales vencedores y los mismos reyes. Pero si quebrantaban sus votos y sucumbían á la debilidad de la carne, los romanos, por corrompidos que fuesen,

las enterraban vivas en el fondo de un sepulcro donde esperaban una muerte horrible.

Este culto divino rendido á la mujer, y sobre todo á la *mujer Virgen*, era el fruto de una obediencia intuitiva al dogma del reinado futuro de María, dogma que permaneció como otros tantos girones de la revelación primitiva, profanada por las creencias populares, alteradas y modificadas por las pasiones y el tiempo. Así lo creo yo. Sí, desde antes del cristianismo reinaba ya nuestra bienaventurada madre sin saberlo entre las naciones más civilizadas de la tierra.

No quiero insistir sobre este hecho, cuya prueba se ha dado con motivo de la historia del culto de María, y pasaré por lo tanto al punto esencial de nuestra plática, que es el reinado de María en la sociedad, cuyos elementos esenciales ha formado ó rehabilitado.

Al multiplicarse las familias, dice poco más ó menos el príncipe de los escritores políticos de este siglo, acabaron por serse molestas las unas á las otras, y estalló entre ellas la guerra, provocada por las necesidades de todos y la desigualdad de sus fuerzas. En el seno mismo del pueblo escogido, del pueblo hebreo, vemos las querellas de los pastores de Abraham y de Loth, las disensiones de Jacob y de Isaías, preludio de guerras más extensas y sangrientas que estallaron más tarde entre un pueblo y otro pueblo, entre una nación y otra nación. Una fuente ó un prado solían ser la causa ó el pretexto de mil riñas entre los miembros de una misma familia. Pero estos pretextos fueron tomando proporciones iguales á la ambición de algunos y no cesaron. Para evitar que las familias perecieran y con ellas la sociedad que constituían, preciso fué nombrar un poder que arreglase las diferencias sin derramamiento de sangre y mantuviese el equilibrio de los intereses y deberes necesarios para la vida de las sociedades.

¿Cómo nació este poder? ¿Cómo fué que familias desde un principio independientes, y hombres que eran iguales, se resignaron á admitir un dueño? Esto es lo que todos se preguntan, y entre los filósofos que toman parte en el debate, los unos ven en eso el principio de la fuerza y los otros el resultado de un pacto mutuo. Ni unos ni otros dan la solución verdadera. El poder nació simplemente de la necesidad. Para vivir y desarrollarse, las familias se vieron obligadas á hacer una incesante guerra contra la naturaleza; no bastaban las fuerzas aisladas y fué necesario apelar á la formación de grupos. ¿Quién se encargó de esto? Uno de esos hombres que Dios pone en todas partes siempre que la Providencia los necesita. Él fué el primero que reunió las fuerzas diseminadas, las tomó bajo su dirección, las mandó y le obedecieron. Este fué el *poder*. Los más fuertes, los más inteligentes se le unieron, recibieron sus órdenes y las comunicaron á los demás. Así se formaron los ministros del poder. La muchedumbre, guiada por su interés y su debilidad, se doblegó á este interés común, y así fué como se formaron los súbditos. Tal es, hermanos míos, el origen, la formación y establecimiento de la sociedad. El que no quiera creer la historia, no tiene que hacer más que observar lo que pasa todos los días.

Desde el momento en que un accidente imprevisto, como por ejemplo, un incendio, se declara en una ciudad, la muchedumbre ocurre al lugar del siniestro para auxiliar á los que pueden perecer; pero se mueven al rededor de las llamas y nada disponen. Entonces uno sale del grupo, dá la voz de mando y dispone lo que debe hacerse; otros trasmiten sus disposiciones y los demás las ejecutan. En unos cuantos instantes quedan constituidos el *poder*, los *ministros* y los *súbditos*.

Mas no basta con organizar una fuerza, sino que además es preciso procurarle alma y vida. El alma es la ley,

basa de todos los deberes mutuos del poder de los ministros y de los súbditos. Desde el principio de la sociedad descansan la ley y su aplicación en el padre de familia, que es á un tiempo el juez y el legislador. «El trono era el lecho en que reposaban los cansados miembros del anciano; el cetro era el bastón en que apoyaba sus débiles pies, y la diadema era la cinta que cubría su calva frente.» ¿Pero obraba ese anciano á su antojo al dar sus juicios sin apelación? No, la religión, que desde el principio se mezcló en todos los actos de la sociedad, ejerció siempre una grande influencia en las acciones humanas. El anciano oye la voz de Dios y la graba en su conciencia; recuerda la tradición de sus padres y no pronunciará ninguna sentencia sin tener en cuenta estos principios. Cuando los pueblos hubieron crecido en número y territorio, la legislación y la religión domésticas cedieron el lugar á la legislación y á la religión sociales; el paganismo, que es verdaderamente la idolatría entre los pueblos organizados, hizo, no de la religión, sino del culto, una institución separada del manejo de las cosas políticas, y estableció colegios y sacerdotes, porque comprendió, según Montesquieu, que un pueblo *sin sacerdotes* es un pueblo *bárbaro*.

Esta religión, alma y vida de la sociedad civil cuando hubo una verdadera, se acomodó al carácter de los conquistadores y á las exigencias inestimables de la política, y acabó por llevar la división á la familia á causa de la multiplicidad de las mujeres, al Estado con la multiplicidad de los poderes, y á su propio seno, por la multiplicidad de sus dioses.

Cuando crecieron las sociedades necesitaron de una nueva alma, que era la religión verdadera. Vino ésta, y para comunicar su misión se denominó *católica*, es decir, universal, según expresión de la palabra griega, porque debía dominar en todos los pueblos y todos los siglos.

Por esto necesitaba de un poder *universal*, ministro que, así como la mujer y el hombre niño en la familia, debe participar de la naturaleza del poder y de la del súbdito.

Aquí el poder de Dios, y el súbdito es el hombre; necesario era, pues, que el ministro fuere un Hombre Dios. Así debía ser y así fué. Todos los días adoramos á este Hombre Dios, que se llama Jesucristo. La sociedad que fundó dá la vida al mundo de una manera tan evidente, que desde el momento en que el mundo la persigue y la rechaza, oscila en sus cimientos.

Y la experiencia que tiene de lo que acabo de decir no le impide ser enemigo del Cristo y de sus enviados á quienes quiere sobreponerse. ¡Vanos esfuerzos! Si en algunas partes se ha vencido aparentemente al Cristo, si la sociedad toda se ha estremecido, es porque allí se ha destruido el culto de la Madre del Cristo, de María, cuya misión parece ser la de conservar á Jesucristo en el seno de los pueblos, y con Jesucristo el camino, la verdad y la vida.

¿Qué debemos hacer los cristianos en estos tiempos en que la persecución de la espada, de la calumnia y de la burla han llegado al exceso? ¡Oh! bien lo sabéis todos. Lo que debemos hacer es agruparnos al rededor de María, asediarla con nuestras súplicas hasta que ilumine las inteligencias y disipe las pasiones del corazón para que reine entre nosotros la armonía cristiana, la ley vivificadora de su hijo y se haya establecido en todo este país su trono, que se ha gloriado de componerse de hijos suyos.—ASÍ SEA.